

Anecdótico Moral

Venidas 20 Enero

LA HIJA DEL GENERAL LAMORICIERE

A LAS COLEGIALAS.

1952

Por el P. Miguel Selga, S.J.

Desempeño muchos cargos, desde el de vicepresidente de la Asamblea Legislativa al de Ministro de la Guerra de Francia: recorrió muchos países, desde los campos de batalla de Abdulkader, en Africa, hasta las capitales de Francia, Italia y Bélgica y la corte de Rusia. Aunque católico, el general Cristóbal Lamoriciere, se oponía a que su hija, de catorce años, comulgase con frecuencia. Le dieron muchas razones para que accediera, de buen grado, a que siguiera la niña con tan buena práctica. Al fin entendió el general que su hija sentía necesidad de ese alimento, para fortalecerse y exclamó: "De las treinta y seis razones que me han dado, esta es para mí la más convincente: me doy por vencido."

Vosotras, colegialas, por la educación recibida en la familia y en el colegio, tenéis inclinación a la virtud y, como girasoles espirituales, os orientáis fácilmente hacia Dios. Pero por poco que reflexioneis, os daréis cuenta de que, más que Daniel en el lago de los leones, las niñas de hoy se ven asediadas de leones hambrientos y, como él, necesitáis que un profeta venga a traer el alimento divino que a vosotras, como a la hija del General Lamoriciere, comunique fortaleza y mantenga el temple de vuestro espíritu. Como los tres niños del horno de Babilonia, estáis rodeadas de llamas: necesitáis del rocío celestial que mitigue el ardor del fuego: necesitáis de la coraza de amianto de la Sagrada Eucaristía, que os haga invulnerables a

las saetas y flechazos de las pasiones. Bajo la blanca apariencia de la hostia, recibís a Jesús, el león de Judá, poderoso, fortísimo, que torna invencibles a los suyos, porque los alimenta con la médula de sus huesos y con un maná celestial caído del cielo. Vosotras solas no sois, ni podeis nada: sois hojas que el viento lleva: pero habéis aprendido, con Santa Teresa, que vosotras, con vuestros desecados buenos y con la Eucaristía, lo podeis todo.

La juventud de las colegialas es toda actividad y optimismo. Ante vuestros ojos se desarrolla un porvenir risueño, como el horizonte de un amanecer primaveral.

No ignorais sin embargo que aun siendo la edad más bella y alegre de la vida, no se halla la juventud del todo exenta de contrariedades: habéis oído hablar de amores no correspondidos, de aspiraciones no logradas, de desencantos y desengaños. Más de una colegiala en sus ansias de alegría ha temido que derramar lágrimas de dolor, porque buscó la alegría donde había espinas: en cambio, las que con frecuencia se acercan al altar están siempre rebosando de felicidad. La alegría del mundo va dejando sedimentos de sales amargas: la que viene del altar va depositando dulzuras cada vez más puras: La sonrisa en los labios de la joven, que comulga, es una sonrisa de ángel; es anticipo de una dicha que recuerda la del cielo. Para simbolizar los efectos de la Eucaristía y la rica vena de alegría que en ella se esconde, no escogió Jesús el rayo con su fuerza, ni el diamante con su brillo, ni el rocío con su grato resplandor, ni la rosa con su perfume y belleza, sino, tomó Pan y Vino y creó un banquete regio y sagrado, en el que el alma atesora gracia, disfruta de satisfacciones inefables y paladea las dulzuras, en esperanza de una gloria que ha de venir y de la que es segura prenda la comunión.

El 15 de julio de 1928 desfilaron por las calles de Roma diez mil jóvenes vestidas de blanco: para rendir homenaje al Vicario de Cristo, se estacionaron ante el Papa, el *Sacerdote de la Blanca Sotana*: éste, comovido a la vista de aquella legión de jóvenes eucarísticas que, como la hija del General Lamoriciere, buscaban en la Eucaristía el sostén de la vida moral pronunció estas frases lapidarias: "*Sed eucarísticamente piadosas, angélicamente puras y apostólicamente activas.*"